

Dios y á los hombres, es preciso que os caséis.

Su asombro al oírle fué inmenso.

—Casarnos, ¿para qué!

—Yo no quiero, dijo Clemencia, tengo otros planes.

Entonces el cura procuró convencer á Hipólito.

—Vamos, hijo mío: V. que es un hombre, decídala; háblela V. de su honor. Porque os caséis, ¿no cambiará en nada vuestra vida!

El criado se reía maliciosamente, y por último, bajando los ojos, dijo:

—Lo que es por mí no habría ningún inconveniente; pero el caso es que ya estoy casado.

Esta respuesta dejó frío al pobre sacerdote. Sin añadir una palabra más, recogió velas.

Clotilde, que acababa de oír las últimas declaraciones de los criados, les dió orden para que se fueran y así lo hicieron, con la cara muy seria, pero retozándoles la risa en el cuerpo.

El cura, después de una breve pausa, se quejó amargamente.

¿Por qué le habían expuesto al descabro que acababa de sufrir? ¿Para qué renovar cosas que era mejor dejar dormidas?

Pero Clotilde se encogía de hombros y no daba importancia á la situación de sus criados, porque otras cosas la preocupaban más. Tampoco era cosa de despedirlos, porque si así lo hacía, aquella misma noche se sabría en todo el barrio la historia del suicidio.

—Recomiendo para el enfermo la quietud más absoluta, dijo el doctor, saliendo de la habitación de Duveyrier. La cara le quedará bien. No tenga V. cuidado, señora. Y volviéndose hacia el sacerdote, añadió: mi querido amigo, ya le sermonearé V. en otra ocasión; todavía no se le entrego. Si vuelve V. á San Roque le acompañaré un rato.

Los dos salieron.

A pesar de todo, la casa había recuperado su calma y su majestad ordinarias.

Mad. Juzeur se había quedado un poco en el cementerio, procurando seducir á Troublot, leyendo en su compañía las inscripciones de los sepulcros; y á pesar de su poca afición á las coqueterías sin consecuencias, no tuvo más remedio que llevarla en coche á la calle de Choiseul. La triste aventura de Luisa llenaba á la pobre señora de melancolía. Al llegar á la casa hablaba todavía de aquella desgraciada, á quien había conducido de nuevo al Hospicio, exponiendo su des-

aliento al perder la esperanza de poder tener una criada virtuosa. Después en la puerta de la casa concluyó por invitar á Troublot á que fuese á visitarla alguna vez; pero él se excusó, alegando sus muchas ocupaciones.

En aquel instante pasó la otra Mad. Campardon, y al saludarla, la portera la dió la noticia del feliz parto de Mad. Pichon, y todos fueron de la opinión de M. y Mad. Vuillaume. Tres hijos, tratándose de una familia de empleados, era una verdadera locura, y la misma portera dió á entender que, si llegaba el cuarto, hasta el mismo casero la echaría de la casa, porque tanta familia perjudicaba al inmueble.

Todos callaron. Una señora cubierta con un velo y trascendiendo á verbena pasó por el vestibulo, afectando no ver á nadie.

Por la mañana el portero lo había preparado todo en casa del distinguido inquilino del piso tercero, para que pudiera trabajar durante la noche.

Casi al mismo tiempo gritó: «Mucho cuidado; nos van á atropellar.»

En aquel instante pasaba el carruaje de los vecinos del segundo: los caballos piafaban. El padre y la madre, desde el fondo del carruaje sonreían á sus hijos, dos her-

mosos niños, cuyas manos se disputaban un precioso ramo de bellisimas flores.

— ¡Qué gentes! murmuró el portero furioso. No han sido para ir al entierro: se dan un tono... y sin embargo, si uno hablara....

— Pues, ¿qué sucede? preguntó Mad. Juzeur, con mucho interés.

Entonces M. Gourd contó que había ido la policía á su casa, y que el vecino del piso segundo había escrito una novela tan escandalosa, que debían meterle en la cárcel.

— Escribe horrores, añadió. Todas las páginas de su libro no son más que una colección de picardias contra la gente honrada. Hasta se dice que ha pintado en él al casero, al mismo M. Duveyrier, y que le pone que no hay por dónde cogerle.

— Hace bien en ocultarse y en no tratar á nadie de la casa, indicó Mad. Juzeur.

— Y vean ustedes lo que son las cosas: una gente así tiene coche y gana un dineral.

Troublot, manifestó por su parte que no leía novelas, y la otra Mad. Campardon expuso que no entendía de literatura.

En esto se oyeron en el fondo del patio las más abominables interjecciones.

— Gran puerca, antes estabas muy contenta de tenerme á tu lado para que pusiera en salvo á tus queridos, decía una voz.

Era Raquel, á quien Berta acababa de despedir, que en la escalera de servicio desahogaba su bilis con aquellas palabrotas.

De pronto, aquella muchacha, mirada y respetuosa, á quien las otras criadas no podían obligar á cometer la menor indiscreción se desbordó, prorrumpiendo en improprios contra sus amos. Fuera de sí, al ver que volvía al hogar la esposa pródiga, porque después de la separación robaba á sus anchas en la casa, se puso furiosa cuando la dijeron que fuese á buscar un mozo para que se llevara su baul.

Berta escuchaba sus insultos desde la cocina, completamente trastornada, mientras que Augusto en la puerta, queriendo dar señales de autoridad, recibía á quema ropa, las más groseras frases y las acusaciones más terribles.

—Si, si, continuaba la criada, del todo descompuesta, ahora me tratas mal; pero no hacías lo mismo cuando ocultaba tus picardías al bonachón de tu marido.

Berta, agobiada por todas aquellas acusaciones, se dirigió á una de las habitaciones interiores, mientras que Augusto hacía frente á aquel energúmeno de mujer, pálido y tembloroso.

Al oír aquellas sucias revelaciones, no en-

contraba más frases para contestarla, que la de:

—¡Desgraciada! ¡desgraciada!; expresando de este modo su angustia al saber los detalles del adulterio, precisamente en el momento en que acababa de perdonar á la culpable.

Al ruido abrieron las puertas de la escalera de servicio todas las criadas, poniéndose á escuchar, sin perder una sola sílaba.

¡Qué cosas diría Raquel, cuando á sus mismas compañeras les pareció que iba más allá de lo regular!

Lisa, al cerrar la puerta para retirarse, resumió la cuestión de sus demás colegas, diciendo:

—¡Bah, bah, se murmura de los amos á sus espaldas, pero ponerlos así en su cara, es demasiado!

La criada despedida, en su desesperación, dirigió acusaciones, no sólo á sus amos sino á los demás vecinos de la casa, sin perdonar al portero, el cual retirándose, como las criadas, á medida que les llegaba el turno, entró en la portería, murmurando:

—Es cosa perdida: ¡á una mujer furiosa, no se la puede hacer entrar en razón!

Mad. Juzeur, sintiéndose profundamente herida en su susceptibilidad, al escuchar

aquel lenguaje destemplado se impresionó de tal manera, que Troublot, á pesar suyo, tuvo que acompañarla á su habitación, temiendo que se desmayase en la escalera.

¡Qué desventura! Las complicaciones se arreglaban; ya no había motivo para escándalos; la casa recuperaba el aspecto de honestidad que antes tenía, y en aquel momento tan propicio, la miserable de Raquel destruía la paz y la tranquilidad.

—Yo no soy más que una criada, añadía, pero al menos soy honrada, y ninguna señora de las más señoras de la casa me llega á mí á la suela del zapato. Salgo de aquí con el mayor gusto, porque de ver tanta inmundicia, hasta tengo el estómago malo.

El cura Manduit y el doctor Juillerat, que bajaban la escalera lentamente, habían oído las acusaciones de la doméstica.

A las voces siguió el silencio. El patio quedó solo; la escalera desierta. Reinaba un silencio lleno de dignidad.

En el vestíbulo se hallaba el cura, y exclamó:

—¡Qué tristeza! ¡Cuántas miserias!

El médico se encogió de hombros, diciendo:

—Así es la vida.

Cuando el uno y el otro salían juntos de

cualquier casa, después de asistir á una agonia ó á un nacimiento, solían hacerse estas reflexiones. A pesar de sus opuestas creencias, estaban de acuerdo acerca de las infelicidades y miserias humanas. Los dos poseían los mismos secretos. Si el sacerdote recibía la confesión de aquellas señoras, el doctor, desde hacía treinta años asistía á las madres y á las hijas en sus achaques y en sus debilidades.

—¡Dios las abandona! exclamó el cura.

—No mezcléis para nada en estas cosas á Dios, dijo el médico. Todo es cuestión, ó de falta de salud ó de falta de educación.

Y sin dejar al sacerdote formular su opinión, acusó al Imperio de ser la causa de aquel triste estado social; con la República, las cosas irían de mejor manera. Pero en medio de sus preocupaciones, hijas de una mediana inteligencia, no dejaba de hacer observaciones juiciosas en su calidad de hombre práctico, censurando la educación que se daba á las mujeres, atribuyendo á ella sus caídas y demostrando que, en otras producían los mismos efectos la neurosis, causa de las pasiones que las agitaban.

Después de exponer sus teorías sobre este punto, volviendo á lo que había indicado, expresó sus sentimientos con una frase.

—Yo soy más religioso que V., concluyó por decir al cura.

El sacerdote parecía escucharle, pero en realidad no le hacía caso, preocupado como estaba, con las escenas que acababa de presenciarse.

—Si son inconscientes, que el cielo les perdone, dijo.

Los dos salieron de la casa y siguieron por la calle nueva de San Agustín. El temor de haber hablado demasiado les hizo permanecer mudos.

Al llegar al final de la calle vieron á madame Hedouin que, de pié en la puerta de su tienda, los saludó con una sonrisa.

Detrás de ella estaba Octavio.

Aquella mañana, después de una larga conversación, habían resuelto casarse en el próximo otoño. Esta resolución les había llenado de alegría.

—Buenos días señor cura, dijo alegremente Mad. Hedouin. Siempre de prisa doctor, ¿no es verdad?

El último la felicitó por su buena salud, y ella añadió:

—¡Oh! si no hubiera en el mundo más enfermos que yo, no haría V. negocio.

Hablaron algunos instantes. El médico indicó que María había salido de su cuidado

con toda felicidad, y Octavio manifestó gran alegría al saberlo.

Cuando se enteró de que había tenido una tercera hija, exclamó:

—Por lo visto no se les logra su deseo de tener un varón. Los padres de la mamá no van á ablandarse esta vez.

—De ningún modo, dijo el doctor, están tan indignados, que han llamado á un notario para arreglar las cosas de manera que no puedan heredar sus hijos ni siquiera los muebles.

Con este motivo bromearon un rato; sólo el sacerdote permaneció silencioso.

Mad. Hedouin le preguntó si se sentía enfermo.

Contestó que estaba muy cansado, y que se retiraba á buscar un poco de reposo.

Siguió con el doctor por la calle de San Roque, y delante de la iglesia, dijo el segundo al primero:

—¿Supongo que no estará V. contento de esa feligresa?

—¿De quién? preguntó el sacerdote sorprendido.

—De Mad. Hedouin: no se cuida para nada ni de V., ni de mí. No necesita ni de Dios, ni de la medicina.

Y después de pronunciar estas palabras

se alejó, mientras el cura entraba en la iglesia.

La claridad penetraba por las anchas ventanas del templo, á través de los cristales opacos con líneas amarillas y azules. Ni el menor ruido, ni el más insignificante movimiento, turbaba la paz de la nave desierta. Una claridad tranquila bañaba los mármoles, las arañas de cristal y el púlpito dorado. Parecía que allí reinaba el orden y el esplendor de un salón de la clase media, á cuyos muebles se han quitado las fundas para una gran recepción que va á verificarse. Sólo una mujer delante de nuestra Señora de los Dolores oraba. Las velas de las ánimas ardían. El cura Manduit quería subir á su habitación, pero el gran trastorno que sentía y una necesidad de desahogarse, le hicieron entrar en el templo y permanecer allí algunos instantes.

Le parecía que Dios le llamaba con voz lejana y confusa, para darle órdenes que no podía comprender. Lentamente atravesó la iglesia procurando calmar su alarma, cuando de pronto y al pasar por detrás del coro, un espectáculo sobrehumano acabó de perturbar su ánimo. En la capilla de la Adoración, cuyas siete lámparas de oro, los candelabros de oro y el altar de oro, brillaban

á favor de las sombras que proyectaban los vidrios de colores, se le apareció Cristo crucificado en la cruz entre Maria y Magdalena. Las estatuas blancas alumbradas por una luz invisible, parecían avanzar hacia él, haciendo de la muerte del Redentor y de las lágrimas de aquellas santas mujeres, un símbolo divino de eterno dolor.

El sacerdote cayó de rodillas.

Aunque bajo su dirección y con sus consejos se habían llevado á cabo las obras en aquella parte del templo, no había visto el efecto de las estatuas, porque acababan de quitar los andamios. Así es que le sorprendió ver la obra concluida; y en la situación en que estaba su espíritu, nada de extraño tenía que se conmoviera profundamente.

En aquellos momentos creía oír la voz de Dios, y se inclinaba ante aquel grupo, desgarrado por la duda y torturado por la idea de que quizá era un mal sacerdote. ¡Había llegado ya la hora de no cubrir más con el manto de la religión las llagas de este mundo miserable!

¿Debía negar en lo sucesivo, apoyo á la hipocresía de sus feligreses, y dejar de ser una especie de maestro de ceremonias para regularizar el orden y tratar de extirpar el vicio que tanto abundaba?

¿Había de consentir que todo se desmoronase, á riesgo de que él mismo cayera bajo los escombros del edificio?

Si; tal debía ser la orden que recibía del Altísimo, porque le faltaban fuerzas para ir más adelante en aquella vida de concesiones á la miseria humana, á la indignidad, al vicio.

Las desdichas que había presenciado en toda aquella mañana, sofocaban su corazón; y con la mano ardorosa extendida hacia el cielo, imploraba perdón para sus mentiras, perdón para sus complacencias cobardes.

El temor de Dios se apoderaba de su espíritu, veía que el Todopoderoso le prohibía abusar una vez más de su nombre, y que estaba resuelto á exterminar á los culpables.

Todas las tolerancias del hombre de mundo, desaparecían ante el temor que agitaba a su conciencia, y no le quedaba más que la fe del creyente atemorizada bajo la incertidumbre de su salvación.

—¡Oh señor! exclamó.—¿Cuál es el camino que debo seguir en medio de esta sociedad, que corrompe hasta al sacerdote?

Entonces el cura Manduit, con los ojos fijos en el Calvario, comenzó á sollozar. Lloraba como María y Magdalena, lloraba el fin de todo, la verdad muerta, el cielo vacío!

IX.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

En Diciembre, al finalizar el octavo mes de luto, consintió Mad. Jossierand por primera vez, en aceptar un convite. Era, por lo demás, una comida en casa de los Duveyrier, una fiesta íntima de familia, con la que Clotilde se proponía inaugurar aquel año sus reuniones de los sábados. Con este motivo anunció á Adela la víspera por la noche, que al día siguiente tendría que bajar á ayudar á Julia. Aquellas señoras, en los días de recepción, se prestaban mutuamente los criados.

—Sobre todo, procure V. no hacerse la remolona, le dijo Mad. Jossierand. Desde hace algún tiempo parece que se le pasea á V. el alma por el cuerpo, está V. desmadejada... en fin, noto algo, y eso que está V. gorda.

Lo que le pasaba á Adela era que estaba en el noveno mes de su embarazo. Durante